

reprimia su orgullo. María, como mujer, pudo dejarse llevar mas de la envidia; como hermana mayor, se creeria mas ofendida, y como favorecida tambien del Señor, quizás hizo vanidad de los favores. Lo cierto es que fué la mas castigada. Como Moises era el hombre mas manso de todos los que moraban sobre la tierra, y no habria tomado su propia defensa, el Señor, por decirlo así, se encargó de ella. Cuando aun duraban estas quejas, el Señor dijo á los tres hermanos: Salid solos hácia el tabernáculo; y habiendo ido, bajó el Señor en una columna de nube, se fijó á su entrada, y llamando á Aaron y María, les dijo: Si alguno fuere entre vosotros profeta, me apareceré á él en vision, ó le hablaré por ensueños; mas no sucede así con mi siervo Moises, que es el mas fiel en toda mi casa. Boca á boca le hablo, y él ve al Señor claramente y no bajo de enigmas ni figuras. ¿Porqué, pues, no habeis temido hablar mal de mi siervo Moises? Y se retiró irritado contra ellos. Se retiró tambien la nube, y hé aquí que María apareció toda cubierta de lepra.

Aaron, asombrado al verla, corrió á Moises y le pidió con ansia que les perdonase este pecado que habian cometido contra él neciamente, y que rogase á Dios por su hermana, porque ya en pocos momentos la lepra habia devorado la mitad de sus carnes. Moises rogo á Dios por ella; pero, si bien consiguió que la lepra no siguiese consumiéndola, no pudo alcanzar que desapareciese, y que no fuese arrojada de los campamentos como leprosa, ni evitar tampoco que no sufriese por siete dias este castigo. Un escarmiento tan pronto, tan terrible, tan público, tan ignominioso para la hermana del legislador y conductor de Israel, fué el remedio mas eficaz para curar su orgullo, para dar un escarmiento á su hermano y un ejemplar mas al pueblo; y aunque es verdad que aprovechó poco á este, como veremos despues, hizo felizmente en María y Aaron todo su efecto. Así no vemos que en adelante María volviese á propa-

sarse, ni que Aaron, cuyo respeto para con su hermano habia sido siempre tan profundo y tan constante, volviese tampoco á dejar de guardársele. Al fin de los siete dias de separacion de María, curada esta, tanto de la hinchazon del espíritu como de las llagas del cuerpo, la columna hizo un movimiento en señal de marchar.

EXPLORADORES DE LA TIERRA DE PROMISION.

El dia segundo del mes cuarto salieron de Haserot y llegaron por la tarde á Retina, punto muy cercano ya á la tierra prometida. El Señor queria dar en esta mansion las últimas disposiciones para que principiases la conquista bajo de su proteccion; pero este pueblo ingrato y sin fe tuvo en poco la proteccion del Señor, y quiso primero explorar la tierra que iba á conquistar. El Señor en su enojo condescendió con sus deseos, y dijo á Moises: Envía hombres que reconozcan la tierra de Canaan, uno de los principales de cada tribu. Hizo Moises lo que ordenaba el Señor, y envió los doce hombres, encargándoles que averiguasen: qué tierra era aquella y qué pueblos la habitaban; si estos eran ó no fuertes, y si sus ciudades estaban muradas ó sin muros: si el terreno era pingüe ó estéril, y si estaba sin árboles ó arbolado; y por último les encargó que trajesen algunos frutos de aquella tierra para muestra. Los exploradores hicieron cuanto se podia esperar de ellos. Atravesaron el pais de mediodía á norte y de oriente á poniente, examinándolò todo é informándose cuidadosamente de cuanto les importaba saber, pues la lengua de esta tierra, que habian habitado sus padres por tanto tiempo, no les era desconocida, y así en todo su viaje no se entró en sospecha alguna contra ellos. Se pasaron á

la vuelta por el torrente, que despues se llamó del racimo, y trajeron de allí gruesos higos y hermosas granadas, y sobre todo un racimo de uvas tan grande que fué necesario atravesarle en un varal y traerle entre dos hombres.

Su vuelta.

El viaje duró cuarenta dias hasta volver á la mansion de donde habian salido. Luego se presentaron á Moisés y Aaron y á toda la reunion de los hijos de Israel, y poniendo á su vista el prodigioso racimo y demás frutos que habian traído, dijeron: Juzgad por estos frutos cuál será la fertilidad de aquella tierra que acabamos de reconocer. Moisés estaba enajenado al ver tan prodigiosos frutos; pero ¡cuál seria su sorpresa y sentimiento! cuando oyó á diez de los doce exploradores explicarse en estos términos: Seria para nosotros, añadieron, el colmo de la dicha, si pudiésemos entrar en la posesion de este admirable y envidiable país; pero está lleno de ciudades fuertes y muradas, y defendidas por hombres fuertísimos. Allí hemos visto la raza de Enac, de estatura enorme y gigantesca, cuya sola vista infunde horror en los corazones mas intrépidos. Amalec habita al mediodía, el Heteo, Jebuseo y Amorreo en las montañas, y el Cananeo en las riberas del mar y cercanías del Jordán. Todas las entradas estan cerradas, y no es posible abrir camino por parte alguna.

Conmoción del pueblo.

¿Qué impresion no causaria esta pintura, hecha por diez de los doce exploradores en un pueblo tan mal dispuesto de antemano y tan pronto á rebelarse? Vió Moisés el caimiento en el semblante de todos, y oyó luego la murmuracion que empezaba por todas partes. Caleb en-

tonces, acompañado de Josué, únicos exploradores fieles, clamó á voz en grito: Lastimosamente os engañan y sin razon os atemorizan. Resolvámonos á conquistar esa tierra y serémos dueños de ella. Todo lo conseguiremos, porque el Señor va á nuestra frente y peleará por nosotros. La exhortacion viva y animada de Caleb acaso habria contenido la murmuracion y entrado en razon al pueblo, pero sus cobardes é indignos compañeros, como que eran diez, gritaron mas alto, diciendo: Caleb es un temerario. El pueblo con quien tendríamos que pelear es mucho mas fuerte que nosotros. La tierra que hemos recorrido se traga á sus habitantes. El pueblo que allí hemos visto es de una estatura muy alta. Allí hemos visto ciertos monstruos, hijos de Enac, de raza de gigantes, y nosotros comparados con ellos parecíamos como langostas.

Alboroto.

Con esto la multitud comenzó á llorar á gritos y á murmurar contra Moisés y Aaron diciéndoles en su cara: ¡Ojalá que hubiésemos muerto en Egipto ó que pereciésemos en esta soledad, y que no nos introduzca el Señor á esa tierra, porque no perezcamos á filo de espada y nuestras mujeres é hijos sean llevados cautivos! ¿Por ventura no es mejor que nos volvamos á Egipto? Y se dijeron unos á otros: Elijamos para nosotros un caudillo, y volvámonos á Egipto. Cuando Moisés y Aaron oyeron esto, se postraron en tierra delante de toda la multitud de los hijos de Israel. El santo conductor, y el sumo sacerdote del pueblo de Dios, postrados á los piés de este mismo pueblo, eran un espectáculo que debía enternecer á todos, pero á ninguno parece que enterneció. Al mismo tiempo que Moisés y Aaron tenian sus rostros pegados con la tierra, Josué y Caleb, que por sí mismos habian recorrido el país, rasgaron sus vestiduras y gritaron á toda la multitud: La tierra á que hemos dado la

vuelta es muy buena : no queráis ser rebeldes contra el Señor, ni temáis á los hombres de esa tierra , porque , como el pan , así nos los podemos tragar. Estan sin defensa. El Señor está á nuestro favor y contra ellos. No temáis. La contestacion á la justa y fervorosa exhortacion de los dos fieles Israelitas fué redoblar sus clamores y tratar de apedrearlos.

Aparece la gloria del Señor.

Mas cuando se prevenian para hacerles morir á pedradas , apareció la gloria del Señor sobre el tabernáculo. La columna de nube que estaba sobre él se convirtió en una columna de fuego , que manifestaba á estos furiosos la ira de un Dios irritado contra ellos y resuelto á exterminarlos. El carácter de los Israelitas era la insolencia, cuando Dios disimulaba sus atrevimientos, y la bajeza al primer asomo de su ira. Á vista de los rayos que salian de la nube se deshizo y disipó la multitud como el humo, corriendo cada uno á ocultarse en su tienda.

Dios quiere acabar con el pueblo, y Moises ora por él.

Entonces dijo Dios á Moises : ¿Hasta cuándo me des-acreditará ese pueblo? ¿Hasta cuándo no me han de creer con todos los prodigios que he obrado delante de ellos? Los heriré, pues, con pestilencia y los consumiré; mas á ti te haré príncipe sobre una gente grande y mas fuerte que esta. Moises era el hombre mas sufrido y mas amante de su pueblo , y tembló al oír esta sentencia. Se postró de nuevo delante del Señor y con una santa libertad le hizo presente : que los Egipcios, de entre quienes habia sacado en portentos este pueblo, y las gentes de esta tierra que habian oido que el Señor estaba en medio de su pueblo , que se dejaba ver cara á cara ,

que le defendía por el día de los ardores del sol con la sombra milagrosa de una columna de nube, y le alumbraba por la noche con la hermosa claridad de una columna de fuego... que todas estas gentes, cuando oyesen que habia dado muerte á todo su pueblo como si fuera un solo hombre, dirian : que su Dios les habia conducido hasta la entrada de la tierra que habia prometido á sus padres; pero que no habia podido introducirles en ella , y por eso los habia matado en esta soledad : que estos serian los injuriosos discursos que harian aquellas gentes contra su soberana majestad; y concluyó diciendo : Señor sufrido y de mucha misericordia, que quitais la iniquidad y las maldades, que ninguno hallais á vuestra vista inocente, que visitais los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion... perdonad, os ruego, al pecado de este pueblo segun la grandeza de vuestra misericordia, así como le habeis sido propicio desde que salió de Egipto hasta este sitio. Una oracion tan fundada en la misma honra del Señor, tan tierna, tan viva, tan llena de amor para con un pueblo que queria apedrearle, conmovió las entrañas de la divina misericordia.

Dios le perdona, pero condena á los de veinte años y arriba á no ver la tierra prometida.

El Señor se dejó aplacar de la oracion de su siervo, y le dijo : Queda perdonado el pueblo por tu súplica; mas todos los hombres que vieron mi majestad y los prodigios que obré en Egipto y en el desierto, y que me han tentado ya por diez veces y no han obedecido mi voz, no verán la tierra por la cual juré á sus padres, ni la verá alguno de aquellos que me han desacreditado. ¿Hasta cuándo murmurará este pueblo contra mí? Diles, pues : En esta soledad yacerán vuestros cadáveres : todos los que habeis sido contados de veinte años y arriba, y que

habeis murmurado contra mí, no entraréis en la tierra sobre la cual alcé mi mano para hacéros-la habitar; pero entrarán vuestros pequenuelos, de los cuales dijisteis que serian despojo de vuestros enemigos, para que vean ellos la tierra que os desagradó á vosotros. Vuestros hijos vaguarán en el desierto hasta que sean consumidos en él los cadáveres de sus padres; porque así como lo he dicho; así lo haré con toda esta multitud perversísima que se ha levantado contra mí. En esta soledad desfallecerá y morirá.

Moisés comunicó á los hijos de Israel todo lo que habia dicho el Señor, y cuando supieron que quedaban excluidos de la tierra prometida, en la que ellos mismos no habian querido entrar, tuvieron esta exclusion por un castigo insufrible. Lloraron mucho en extremo, pero el Señor lo habia jurado, y sus llantos no bastaron para que revocase la sentencia. En el mismo instante que lloraban sus desdichas, vieron con sus ojos llorosos la primera ejecucion de la sentencia. Los diez diputados que habian ido á explorar la tierra de promision y habian amotinado al pueblo, hablando mal de ella, fueron heridos por Dios y cayeron muertos delante de la multitud. Se podia esperar que despues de este golpe terrible se aplacaria algun tanto el enojo del Señor, y que la muerte natural acabaria lentamente con los sentenciados, pero no sucedió así, porque ellos mismos aceleraron en gran parte la ejecucion de la sentencia. Enfadados con la cobardía que les detuvo para entrar en la tierra prometida, cuando se lo ordenaba el Señor por boca de Moises, y excitados ahora por la temeridad, se empeñaron en entrar en ella sin ordenarlo el Señor y resistiéndolo Moises, y murieron al filo de las espadas de los Amalecitas y Cananeos un número tan crecido, que de un ejército compuesto de millares de combatientes tan valientes como temerarios, solo volvió una tropa de fugitivos estropeados. Un suceso tan terrible y que aceleraba tanto la muerte de los sentenciados, sobre

costar torrentes de sangre y lágrimas, llenó á todos de terror. Se tomaron algunos dias para descansar y repararse de tan infeliz combate, y despues de curados y sanos los heridos, se vieron precisados á volver, poseidos del dolor y desconsuelo, desde las orillas de la tierra prometida á internarse en el desierto, para que en el espacio de treinta y ocho años muriesen y se enterrasen en aquellas soledades mas de un millon de proscritos que se habian hecho indignos de entrar en la tierra prometida.

VUELTA Á LO INTERIOR DEL DESIERTO.

Seria difícil señalar puntualmente la situacion, las distancias y las duraciones de las diferentes mansiones que hicieron los hijos de Israel en aquellos ardientes arenales y vastos desiertos que atravesaron, cruzaron, y por decirlo así, araron en el espacio de treinta y ocho años. Lo cierto es que este largo y penoso movimiento de una multitud de delincuentes, que iban quedando sepultados en aquellas soledades, contiene pocos hechos, y estos referidos sin señalamiento de lugares, ni data de años, porque el historiador sagrado los cuenta, al parecer, con disgusto, por no conservar la memoria del mal porte de su pueblo, y los hubiera omitido todos de buena gana, si la gloria del Señor se lo hubiera permitido. Sin embargo, el primero que nos refiere despues de su separacion de los confines de la tierra prometida, manifesta su celo por la observancia de la ley, y si esta observancia hubiera sido mas general y mas constante, habria consolado mucho al conductor de Israel y al pueblo que conducia en los treinta y ocho años de su penoso destierro.